

COPLAS

DEL DIA

Por tontas

¡Contra las damas
que en un «Salón»
celebran, libres,
su reunión,
claman los curas,
y... con razón!

¡Sin medias tintas
ni dar changui,
la Iglesia siempre
lo dijo así:
«O estar conmigo,
o ir contra mí!»

¡Pero estas damas,
con mimos cien
y un equilibrio
y un ten con ten,
quedar quisieron
con todos bien!...

¡Y ya habrán visto
que esa actitud
de tan ecléctica
sosa virtud,
en estos tiempos
no es la sdiud!

Cuando el «Lyceum»
sus leyes dió,
a tales damas
les dije yo:
«¿No hacen política?...
Y ¿por qué no?...»

«Si no la hacen,
no fallard
quien la haga, enfrente
(¡bien visto está!),
y la gran obra
fracasará...»

¡Aquí, la dama
de algún valer,
sierva del cura
tiene que ser!...
¡Si no es esclava,
pues no es mujer!...

¡Y el resultado
perciben ya!...
¡Por ser neutrales
(ni fú ni fá)
y ser en todo
mitá y mitá,
el «Club de damas»
se cerrará!...

.....
¡Bien empleado
que les está!

LUIS DE TAPIA

SUSCRIPCIONES

Madrid, un mes..... 2 ptas
Provincias, trimestre... 6

25 EJEMPLARES 1,75 PESETAS

LA LIBERTAD señala a sus lectores y anunciantes:
que es el periódico de más grandes tiradas:

La Libertad

Toda la correspondencia debe dirigirse al Director
Apartado de Correos 981

Casa de LA LIBERTAD Redacción: MADRID, 9.
Administración: SAN ROQUE, 7.

Número suelto, 10 céntimos

HACIA OTRA ESPAÑA

LA REVOLUCION DESDE ARRIBA

(Agrarismo. -- Aranceles. -- Tributación)

Los tres problemas básicos de la economía nacional

Los tres problemas básicos de España son: Reforma agraria, Reforma arancelaria y Reforma tributaria. Todos los demás, derivados de éstos, son adjetivos. En cuanto al régimen agrario, España es el solo país de Europa donde la ley no pone límites a la propiedad, ni en la extensión ni en el abuso. Tocante a Aranceles, es, con Rusia y Turquía, la más alta muralla proteccionista. Y respecto a Tributación, uno de los países donde el capital ocioso tributa menos y el trabajo más, al punto de que los ingresos son para el ocio y las cargas para el trabajo.

Después de las reformas de Caroly, en Austria; de Bratiano, en Rumania; de Pedersen, en Dinamarca, no queda pueblo alguno europeo donde la propiedad territorial goce al amparo de las leyes, del «jus» quitario. Sólo en España es dable a un propietario poseer miles de hectáreas y mantenerlas sin cultivo para cazar liebres. La transcendencia de este hecho, absolutamente innegable, crea, forzadamente, un sentimiento de protesta y estupor. ¿Por qué nuestros latifundistas han de ser una excepción internacional y una detención nacional? ¿Por qué, llamándose ciudadanos españoles, han de retener en las manos muertas de sus cotos de caza tantos millones y millones de hectáreas improductivas? (De 50 millones que componen el territorio nacional, más de 30 millones están incultas en poder de esos millonarios ociosos.) Y así, frente al ejemplo de Rumania, que no consiente propiedades mayores de 300 hectáreas, está el ejemplo de España, donde existen latifundistas con treinta y cuarenta mil, dueños absolutos de pueblos enteros, como en la época feudal.

¿Hay nada tan absurdo, tan monstruoso? ¿Se concibe que en pleno siglo XX, por decisión de un solo propietario, tengan que emigrar todos los habitantes de una aldea? Pues en España han emigrado varias aldeas en masa. ¿Se quieren más factores revolucionarios que éstos: hombres que, por su sola voluntad, pueden despojar comarcas enteras; leyes que, lejos de impedirlo, se lo otorgan como un derecho?

Hay que hacer la revolución desde arriba para impedir que el proceso social y económico de tales monstruosidades vaya ganando las conciencias. Hay que instaurar desde el Poder un régimen agrario que, incorporándonos a Europa, acabe con el «virus» revolucionario latifundista.

Las ramas y la raíz

No es problema para andarse por las ramas, sino para extirparlo de raíz, y con toda urgencia, por las razones siguientes:

Primera. Porque en todos los países de Europa, sin excepción, ha desaparecido el régimen de las grandes propiedades incultas, mientras que en España subsiste con el amparo de la ley.

Segunda. Porque este régimen de grandes propiedades incultas es insuficientemente cultivadas representadas, en los 50 millones de hectáreas que componen el territorio español, hacia 18 millones... ¡18 millones de hectáreas sin cultivo!

Tercera. Porque, siendo la producción agrícola matriz de la industria y comercial, al ponerse en cultivo esos 18 millones de hectáreas acrecerán en términos fabulosos la industria y el comercio.

Cuarta. Porque el actual régimen agrario, manteniendo sin producción las dos quintas partes, aproximadamente, del territorio nacional, es, no sólo sangría suelta para la emigración de españoles, sino foco perenne de encarecimiento, miseria y rencor.

Quinta. Porque, sean cuales fueren los sistemas de reforma agraria, ninguno ha de imponer el despojo, sino que todos y cada uno ofrecerán al propietario ac-

tual indemnizaciones de expropiación.

Sexta. Porque la propiedad no puede ser función de muerte, sino de vida, y ninguna propiedad inculta o muerta tiene derecho, en pleno siglo XX, a ese quitarrismo, que es una verdadera des nacionalización. Quien mantiene incultas sus tierras las sustraer a la producción nacional. Por tanto, es extranjero, aunque lleve nombre español. A los efectos nacionales y de patria, una propiedad inculta da lo mismo que esté en Andalucía como en Groenlandia.

«Muchos pocos», mejor que «pocos muchos». «El bien de familias»

Se dirá que no basta con repartir las tierras. En efecto, ello sólo sería una solución empírica, de fracaso tan inevitable como los repartos del Arahá y Loja. Las tierras, sin la previa coordinación de sistemas culturales y de cooperación social, no solucionan el problema. Pero, coordinados y sistematizados científicamente todos los elementos de producción y distribución, como sucede en la colonización interior, tendrían, como en toda Europa, eficacia inmediata. Debemos extinguir el régimen latifundista de los grandes predios sin cultivar, o insuficientemente cultivados e instaurar el régimen colonista de la pequeña propiedad cultivada y administrada en cooperación. Los «muchos pocos», en vez de los «pocos muchos». Esto es: miles de propietarios de diez hectáreas, mejor que miles de hectáreas para sólo diez propietarios. Un país de pequeños propietarios—Francia, Bélgica—es siempre un país—contra la anarquía. Un país de propietarios feudales—Rusia—es siempre la anarquía en potencia, cuando no en acto.

La colonización interior, creando en todo el mundo el «bien de familias», supone una más justa distribución de la tierra; pues suprime el «statu quo» de minimifundios y latifundios. Instituye un régimen mixto de individualismo y colectivismo, por virtud del cual la tierra es del labrador y la acción colectiva de cooperativas y sindicatos pone freno a un individualismo absorbente.

También el tecnicismo cultural se halla representado en el bien de familias, con sus diversos elementos de análisis, ensayos, aperos, semillas, abonos, labores, etcétera. Asimismo, incorpora todos los progresos de previsión social, por medio de las cooperativas de producción, consumo y venta, siendo, por consiguiente, una síntesis técnica y social del progreso humano.

El señor feudal

El hecho de que España, un tercio mayor que Inglaterra, casi la mitad más grande que Italia, poco menor que Francia y—tras la segregación territorial impuesta por el Tratado de Versalles—algo más extensa que Alemania, sea un país con mucha menos población, mucha menos actividad agrícola, industrial y comercial, mucho menos poder internacional, social y político que dichas naciones, es tan triste como indignante. ¿Por qué? ¿Por qué España ha de continuar diezmada, no ya sólo en su población, sino en su territorio útil, cultivable? La respuesta se halla en nuestro régimen de propiedad. Mientras existan propietarios que mantengan sus veintimil o sus treinta mil hectáreas incultas, por su solo capricho cuando millares y millares de familias piden tierras que cultivar, y han de emigrar a otros países o pedir limosna en el suyo, España permanecerá anquilosada, empujada, al margen de los grandes pueblos.

Para que se levante, aliente, viva, trabaje, produzca, no en tal hora y a saltos, sino en todo el territorio, con métodos de regularidad fisiológica, España ha de afrontar su problema básico: la reforma agraria, que, poniendo en cultivo los 18 millones de hectáreas hoy estériles en las manos

muertas del latifundio, nutrirá una industria magnífica y un comercio potente.

Y borraré ese estigma patrio de que un solo hombre, en pleno siglo XX, pueda, por su solo capricho, hacer que cierren sus casas y emigren todos los habitantes de un pueblo, feudo suyo. ¡Y ese hombre ejerce un derecho reconocido por las leyes españolas! ¡Y esas leyes están en pie!...

CRISTOBAL DE CASTRO

Los extranjeros en París

París, 30.—El diputado Sr. Tanguer ha dirigido una carta al presidente de la Cámara de Diputados, en la cual le anuncia su propósito de plantear una interpelación al Gobierno, cuando la Cámara reanude sus tareas, acerca de las medidas adoptadas con objeto de impedir que organizaciones de inspiración extranjera puedan tratar de hacerse dueñas de la calle en París, y hacer recaer sobre organizaciones y personas francesas la responsabilidad de actos no cometidos.

También tratará en su interpelación del modo de disminuir el número de extranjeros que no se encuentran en Francia en condiciones legales.

Explosión en una gabarra

Estrasburgo, 30.—En Lauterburg (Bajo Rhin), se ha producido una explosión de enorme violencia en una gabarra con cargamento de nafta. El marinero que la custodiaba y su mujer han resultado muertos. Los daños son de gran consideración en el puerto de Lauterburg.

No se conocen todavía las causas del siniestro; pero se cree, sin embargo, que el marinero penetraría embriagado en la embarcación y cometería alguna imprudencia.

El pan en París

París, 30.—La nueva alza de los trigos ha obligado a la Comisión consultiva departamental a subir el precio de las harinas.

En consecuencia, se ha fijado el precio del pan en dos francos veinte el kilo, en vez de dos francos quince, a partir del día 1 del próximo mes de Septiembre.

El sustituto de lord Cecil en la Sociedad de Naciones

Londres, 30.—Los diarios dicen que el conde Onslow será designado para sustituir a lord Cecil en la Asamblea de la Sociedad de Naciones.

EL LOCO DEL MAR

La yola «Viking» entra difícilmente en otro puertecillo gallego

La Coruña, 30.—Esta mañana ha entrado de arribada forzosa en el inmediato puertecillo de la yola «Viking II», que patronea el capitán Ventegod. La yola quedó varada en la playa y a verla acudieron muchos curiosos, que felicitaron al capitán Ventegod por lo arriesgado de su travesía.

Los intrépidos navegantes fueron alojados en el Pósito de pescadores y la yola depositada en los silamenes del mismo.

Como sopla fuerte viento Nordeste, los tripulantes del «Viking» no podrán continuar su viaje en varios días.

La Redacción de LA LIBERTAD está formada por Joaquín Aznar, Director; Antonio de Lozano, Redactor-Jefe; Ricardo Hernández del Pozo, Secretario de Redacción; Augusto Barcia, Carlos Bonet, Manuel de Castro Tiedra, Antonio Duñes, Teresa de Ecoriza, Heliodoro Fernández Evangelista, José Manuel Fernández Gómez, Antonio García Romero, Rafael Hernández Ramírez, Manuel Machado, Eduardo Ortega y Gasset, Manuel Ortiz de Pinedo, Darío Pérez, Arturo Pérez Camarero, Pedro de Répide, Alfonso R. Kuntz, Alfonso Sánchez, Luis de Sirval, Lázaro Somoza Silva, Luis de Tapia, Alejandra de la Villa, Antonio de la Villa y Antonio Zozaya

COPLAS DEL DIA

Por tontas

¡Contra las damas que en un «Salón» celebran, libres, su reunión, claman los curas, y... con razón!

¡Sin medias tintas ni dar changuil, la Iglesia siempre lo dijo así: «O estar conmigo, o ir contra mí!»

¡Pero estas damas, con míos cien y un equilibrio y un ten con ten, quedar quisieron con todos bien!

¡Y ya habrán visto que esa actitud de tan eclectica cosa virtud, en estos tiempos no es la salud!

Cuando el «Lyceum» sus leyes dio, a tales damas les dijo yo: «¡No hacéis política!... ¡Y por qué no?»

«Si no la hacen, no fallará quien la haga, enfrente ¡bien visto está!, y la gran obra fracasará...

¡Agut, la dama de algún valer, sierva del cura tiene que ser!... ¡Si no es esclava, pues no es mujer!...

¡Y el resultado perciben ya!... ¡Por ser neutrales (ni fu ni fa) y ser en todo mitá y mitá, el «Club de damas» se cerrará!...

¡Bien empleado que les está!

LUIS DE TAPIA

La Conferencia Interparlamentaria

Última sesión

París, 30.—La última sesión de la Conferencia Interparlamentaria Internacional se ha celebrado hoy, bajo la presidencia del Sr. Buys-

son. Varios oradores hicieron uso de la palabra, ocupándose de la cuestión relativa a la codificación del Derecho internacional.

Entre dichos oradores figuraba el abogado Sr. Moro Gialferi, el cual habló especialmente acerca de la necesidad de establecer una legislación internacional sobre la extradición.

Pidió que fuera instituido en Bélgica y en Suiza una especie de Tribunal internacional de casación, al cual serían sometidos esa clase de conflictos.

El orador, que fué varias veces interrumpido con aplausos, recomendó también que se llegase a la creación de una antropometría internacional.

Con esto quedó terminada la discusión general y fueron aprobadas las resoluciones propuestas por la Comisión en lo que se refiere a la codificación internacional, rechazándose un contraproyecto del señor Montagu (América).

La Asamblea oyó después la lectura de la declaración de su presidente Sr. Adelsward, poniendo fin a los incidentes que se registraron en los comienzos de la Conferencia sobre la neutralidad de Bélgica.

El delegado alemán Sr. Sellmann hace uso de la palabra, diciendo que la Delegación alemana se encuentra de acuerdo en reconocer que existe una íntima relación entre la seguridad y el desarme.

Añade que Alemania cree que tan solo un desarme general puede llevar al establecimiento de una paz completa de los espíritus.

Banquete en honor de los delegados.—Discurso de Briand

París, 30.—En el banquete que hoy ha tenido lugar en honor de los delegados que han asistido y tomado parte en los debates de la Conferencia Interparlamentaria, el ministro de Negocios Extranjeros Sr. Briand ha pronunciado un elocuente discurso. Comenzó felicitando a los delegados por sus trabajos, «trabajos» dijo—que facilitarán y completarán seguramente la obra realizada y por realizar de la Sociedad de Naciones, asegurando al organismo de Ginebra el apoyo moral de los elementos psicológicos que son de todo punto indispensables para la realización de sus fines.

Briand agregó que para establecer la paz de un modo definitivo entre los pueblos, éstos deben respetar estrictamente los Convenios de fronteras. Convenios que, aunque establecidos convencionalmente en papeles, son sagrados e intangibles.

La paz, dijo Briand, es una necesidad vital para todos los pueblos y su conservación es deber urgente para todos ellos.

Briand continuó su discurso diciendo que él y Francia desean ardientemente la paz e invita a todos los delegados a contribuir, en la medida de sus fuerzas, en sus respectivos países, a la magna obra de comprensión y concimiento internacional que ello supone, y a colaborar todo lo posible en los trabajos e iniciativas de la Sociedad de Naciones, con objeto de llegar a afianzar la tranquilidad en el Mundo.

La paz—agrega Briand—, la idea de paz, no se refiere solamente a la paz propiamente nacional, sino también, en igual grado, a la paz social.

Termina su discurso diciendo en párrafos elocuentes que la mejor barrera para defender la civilización, la barrera más sólida y firme contra la anarquía, la barbarie y la guerra civil, es la paz.

Rogamos a los colegas que reproduzcan nuestros trabajos, mencionen la procedencia

POR TIERRAS DE HIDALGUA

La divina muralla

Fácil fue sería captarme la simpatía de algunos viejos naturales y devotos de Avila, declarando que su histórica y venerada ciudad es la más moderna, urbanizada e higienizada de cuantas asombran monumentos artísticos. Si tal hiciera merecería el soberano desdén de los verdaderos amantes de la ciudad gentil y próspera. Lisonjear a un hombre puede ser hacerle un agravio; adular a un pueblo indebidamente es inferirle un daño mortal. No han menester las colectividades de fingidos ensalzamientos, sino de valerosos estímulos, y quien declara una ponzante verdad demuestra profesar a quien la oye más hoyudo y acendrado afecto que quien oculta sus errores, disimula sus faltas y aplaude sus rezagos, ni más ni menos que hace cierto llamado «madrilénismo», al mostrar su entusiasmo por Madrid de los tiempos de Calomarde, polvoriento, inhabitable y misérrimo, entregado a covachuelistas e intrigantes, a frailes y sopistas, a cortesanos despreciosos y a ignorantes plebeyos.

Cuarenta años hace que por vez primera visité Avila. (Perdone la Academia que, contra su opinión, suprima la «a», impropia por tratarse de cosa y lugar y no de personas. No se dice he visto «a» los astampas, ni he visitado «a» las ruinas.) Hace diez encontré a la ciudad de Teresa de Cepeda casi igual que entonces, excepción hecha de algunos hermosos edificios. La misma escasez de agua, que hacía imposible la higienización de alcantarillado y viviendas; igual falta de pavimentación en la mayor parte de las vías públicas, incluso en la plaza principal de Santa Teresa y en la calle aristocrática de San Segundo; idéntico desorden en la edificación, que ocultaba y ocultaba con casuchos la muralla imponente y única, la fachada de San Vicente (en donde he visto que los restauradores han respetado el aborrecible y anacrónico tercer cuerpo de la torre del Norte) y las más sublimas perspectivas. Eché de menos la linda reja de la calle de Pedro Dávila, unas riquísimas colgaduras, algunas vidrieras y otras muchas cosas, que jamás debieron perderse. Todo me dio la sensación de que Avila ha sido, durante cerca de medio siglo, como lo fué antes, medianamente administrada, y que los más altos encargados de dirigir las inteligencias y de ejercer sobre ellas una función excelsa (que son algunos centenares), ocupados, sin duda, en más elevadas y sutiles metafísicas, no se han preocupado grandemente de vulgarizar los principios de la higiene ni los de la estética.

Lo que ocurrió en Avila sucedió en todas las ciudades españolas. Por fortuna, otras generaciones más cultas han llegado, y hoy todos los abulenses se preocupan ardorosamente de remediar tanto desacierto. Quieren demostrar y demuestran que no son culpables de pasados yerros. Han comenzado a pavimentar y a hacerlo muy bien; han realizado, casi por completo, la traida de aguas de Becerril, y en las calles más miserables pueden verse ya preparados los sólidos tubos de conducción. La importancia de esta mejora es enorme. Son centenares los ricos de buen gusto que, convevidos de que no hay ciudad en España tan fresca, tan oxigenada, tan sana como Avila, para pasar, como en un precioso santuario, el verano—hecho aún más agradable por la cultura y hospitalidad de sus habitantes, quisieran edificar en ella suntuosos edificios con amplios jardines, y no lo hacen ante la amenaza de tener que aportar a ellos, para el baño y la plantación, el agua en cántaros y en carritos de mano, como esas simpáticas aguadoras «de artillería», ni más ni menos en los tiempos de la «Belleraña». Es seguro que, instalada el agua, acudirán esos ricos a nutrirse a hermosear la población y a convertirla en un pensil, facilitándole, de paso, los medios para poder realizar sus más importantes y urgentes mejoras. Y el agua se trae. Esta sola medida redime a Avila de toda su incuria pretérita, y hace pensar en un porvenir insospechado, porque, por su clima, sus riquezas artísticas, puestas de relieve, y sus condiciones especiales, tiene que ser el plazo más próximo, una de las ciudades más visitadas de la Península y una residencia de verano, rival de las playas del Norte, y, desde luego, muy superior a todas las colonias estivales de sierra, bosque y caserío.

Agua, que es higiene y salud; pavimentación, que es a las ciudades lo que el buen calzado a las mujeres, limpias, y repoblación forestal, que es riqueza y cultura. Sin estas tres cosas, todos los esfuerzos de los cullos abulenses, todas las iniciativas de la noble y simpática Sociedad La Peña, y todos los intentos de mejora serían estériles para atraer a los forasteros. Todo cuanto se haga para conseguirlo, empréstitos, transferencias de crédito, imploración de ayuda al Estado, incluso la prestación personal o corvea, será reproductivo, y dentro de muy pocos años Avila habrá duplicado, acaso triplicado, su población, puesto que no encuentra rival en situación topográfica, ni en salubridad, ni en bellezas naturales y artísticas.

Pero hay algo todavía más importante: la muralla. Se me preguntará si voy a descubrir la muralla. ¡Quién pudiera hacerlo! Harlo lo necesita. Porque nuestros dignos antepasados no se enteraron de lo que valía, y la taparon vergonzosamente por la parte de la ciudad, y por la del campo la convirtieron en evacuatorio, cuando tres metros de césped, una alambrada y un guarda autorizado para imponer fuertes e incondenables multas hubieran bastado para presentarla en las miradas atónitas de los visitantes como en un maravilloso estuche, y la hubieran hecho más célebre que la de Sesostres, en Heliópolis, y la de Adriano, en la Gran Bretaña. Cuando se diga de la belleza de esta muralla, completa, al cabo de ocho siglos, con sus ochenta torresones y sus dos mil quinientas almenas, sus cilindros, sabiamente engendrados; sus bellas matacanes, sus puertas militares grandiosas, sus torres de homenaje y su ábside fortaleza única, no puede dar idea remota lo que suspende, maravilla y pasma su contemplación, figurándose libre de adelfos postizos; pero los humildes y beatíficos antepasados, despreciadores de la vida terrena y de sus grandezas efímeras, la ocultaron en su parte más bella, con adosamientos infames. Desde la Puerta de San Vicente hasta el ábside pudieran contemplarse una de las perspectivas más grandiosas del Mundo; pero ese ángulo que, con la Basílica, debiera formar una plaza estupenda, se halla oculto por casuchos, que, bien tasados, pudieran valer treinta mil pesetas, y ser expropiados por utilidad pública, mas no hay quien pueda derribarlos, ni el Ayuntamiento, que llegó a pensar en sustituirlos (absurdo inconcebible) con nuevas edificaciones y grupos escolares, ni menos la Comisión de Monumentos, deshecha, viciada, impotente, para evitar tales profanaciones arquitectónicas.

Repto que los actuales abulenses son en extremo cullos y bien orientados, y así han logrado despejar de chavolas y de cascotes la Puerta del Alcázar, el torreón del Homenaje y sus adyacentes. Con esto, desde el centro de la plaza de Santa Teresa, se contempla hoy una soberana perspectiva, que no sonaron nuestros abuelos, ¡lástima que entre este lado de la plaza, soberanamente bella, y la divina fachada de San Pedro, se haya levantado el monumento palmatoria de la Santa Doctores y un quiosco musical, cuya caperuza ridícula de latón, fácilmente desmontable, estorba la obtención de pruebas fotográficas, y es una columna al buen gusto y a la reconocida ilustración de este pueblo, que no quiere proceder como los ricos chicos ignorantes que poseen una obra maestra de Velázquez o Rembrandt y la colocan en el pastillo, junto a un cromo del Sagrado Corazón, sino que sabe ya que las cosas, por excelentes que sean, necesitan ser bien presentadas.



—¡Chico, qué curvas!...

—¡Y luego se extrañan de que haya atropellos!...